

LeMAC 2016: Ven y sígueme!

En el LeMAC 2015 profundizábamos en la figura de Jesús y se hacía especial énfasis en el encuentro personal. Sin lugar a dudas se trata de un factor fundamental, sin el que no podemos hablar de verdadero cristianismo. Decía Karl Rahner que “en el siglo XXI los cristianos serán místicos o no lo serán”, en el sentido de que si no se experimenta profundamente ese encuentro (que podemos llamar “místico”), el cristiano de nuestro tiempo carecería de raíz, y se secaría rápidamente (cf. Lc 8,4-15). Ese encuentro, más tarde o más temprano, conlleva una puesta en marcha, una misión concreta que haga que lo experimentado en la intimidad con Dios se lleve a la práctica y se propague alrededor de quien lo ha vivido.

Pues bien, esa misión concreta es fruto de una vocación, de una llamada que, durante ese encuentro, se produce. El Señor toca el corazón de la persona y le encarga un quehacer, le propone que viva hacia “afuera”, que asuma una nueva forma de vivir en la que su voluntad ocupe el centro y eso se demuestre en cada actuación y a cada momento.

A este hecho, al “VEN”, a la vocación o llamada, vamos a dedicar la primera parte del LeMAC. En primer lugar presentaremos varios ejemplos bíblicos de vocación, porque Dios ha elegido y llamado siempre a su seguimiento a hombres y mujeres normales, de carne y hueso; y en segundo lugar, recordaremos la llamada de Charles de Foucauld, uno de nuestros inspiradores y a quien dedicamos este año. Por último, reflexionaremos sobre nuestra propia llamada en una actividad que propondremos para realizar en comunidad.

La segunda parte, nos introduce en el “SÍGUEME”, adentrándonos más en la búsqueda o afianzamiento de nuestra vocación y de lo que supone el seguimiento a Cristo.

Todo seguimiento tiene unas consecuencias, las cuales se manifiesta en un estilo de vida, donde reconocerán que somos cristianos, que Cristo es el centro de nuestra vida, de esto basa la tercera parte del leMAC “Por sus frutos te conocerán”.

Proponemos para profundizar más, una vez que hemos orado y revivido nuestra llamada, nuestra vocación y seguimiento a Cristo, nuestros frutos y nuestra coherencia como cristianos de hoy, la vida de Carlos de Foucauld. El después de ser llamado por el Señor, buscó su vocación y lo siguió hasta la muerte, siendo fiel a él y dando bastantes frutos.

1. La llamada en la Biblia

En la Biblia no se expone ninguna doctrina acerca de la vocación, es decir, no se reflexiona sobre lo que es o no es la llamada. Se habla de la vocación de forma existencial, tal como se presenta encarnada en personas concretas.

1.1 *En el AT*

Conocemos de sobra la llamada a Abraham, seguramente también la de Moisés y Samuel, la del profeta Jeremías... por eso vamos a poner hoy sobre el tapete dos textos menos conocidos, pero también muy interesantes. Antes de comenzar con los textos, sin embargo, veamos qué características tienen los textos vocacionales:

1ª. **Introducción:** los relatos comienzan describiendo la situación: fecha, lugar, personajes y condiciones históricas del episodio vocacional.

2ª. **Teofanía:** aparición o manifestación de Dios, que llama al hombre. Los relatos bíblicos incluyen dos elementos esenciales: la visión y la audición. Dios se revela, sobre todo, a través de su palabra. Sale al encuentro del hombre y entabla con él un diálogo. La reacción del hombre ante la interpelación divina incluye un cierto temor o miedo sacro. Por eso, Dios insta a quien llama a la confianza, con una expresión típica: “No temas”.

3ª. **Misión:** El llamado deberá hacer o decir alguna cosa, por encargo del Señor. La reacción corriente o más frecuente es la de la objeción. Pero Dios insiste y promete su asistencia al llamado: Yo estaré contigo. Ahora bien, eso no significa que la realización de la misión vaya a ser fácil. No es infrecuente que se experimente, de hecho, como fracaso desde un punto de vista externo.

4ª. **Signo:** Íntimamente ligado a la confirmación de la misión, aparece un signo como garantía para el elegido de que es Dios quien le habla y le envía: investidura solemne o consagración que lo capacita para el cumplimiento de la misión. Pero el signo no es por lo general una confirmación inmediata; puede ser sólo una promesa para un futuro indeterminado.

5ª. **Conclusión:** Los relatos suelen terminar resumiendo algún tema básico, confirmando una vez más la misión y concluyendo así el relato como unidad literaria.

Estos cinco puntos nos ayudan a comprender también nuestra propia vocación. Podemos concluir teniendo en cuenta que cada vocación es concreta; constituye un momento en el que Dios se da, se revela; conlleva

una misión, siempre contando con la ayuda del Señor y se acompaña de un signo que da garantía de que es Dios quien habla y elige. Vamos a comprobarlo con dos textos que nos ayudarán a comprender este esquema.

1.1.1 La vocación de Gedeón:

a) *El Texto: Jue 6,11-24*

El ángel del Señor vino y se sentó bajo la Encina de Ofrá, propiedad de Joás, de Abi-Ezer, mientras su hijo, Gedeón, estaba limpiando a escondidas el trigo en el lagar, para que los madianitas no lo vieran.¹² El ángel del Señor se le apareció y le dijo: –El Señor está contigo, valiente.¹³ Gedeón respondió: –Perdón; si el Señor está con nosotros, ¿por qué nos sucede todo esto? ¿Dónde han quedado aquellos prodigios que nos contaban nuestros padres: De Egipto nos sacó el Señor...? La verdad es que ahora el Señor nos ha desamparado y nos ha entregado a los madianitas.¹⁴ El Señor se volvió a él y le dijo: –Vete, y con tus propias fuerzas salva a Israel de los madianitas. Yo te envío.¹⁵ Gedeón replicó: –Perdón, ¿cómo puedo yo librar a Israel? Precisamente mi familia es la menor de Manasés, y yo soy el más pequeño en la casa de mi padre.¹⁶ El Señor contestó: –Yo estaré contigo, y derrotarás a los madianitas como a un solo hombre.¹⁷ Gedeón insistió: –Si he alcanzado tu favor, dame una señal de que eres tú quien habla conmigo.¹⁸ No te vayas de aquí hasta que yo vuelva con una ofrenda y te la presente. El Señor dijo: –Aquí me quedaré hasta que vuelvas.¹⁹ Gedeón marchó a preparar un cabrito y unos panes sin levadura con una medida de harina; colocó luego la carne en la canasta y echó el caldo en una olla; se lo llevó al Señor y se lo ofreció bajo la encina.²⁰ El ángel del Señor le dijo: –Toma la carne y los panes sin levadura, colócalos sobre esta roca y derrama el caldo. Así lo hizo.²¹ Entonces el ángel del Señor alargó la punta del bastón que llevaba, tocó la carne y los panes, y se levantó de la roca una llamarada que los consumió. Y el ángel del Señor desapareció.²² Cuando Gedeón vio que se trataba del ángel del Señor, exclamó: –¡Ay Dios mío, que he visto al ángel del Señor cara a cara!²³ Pero el Señor le dijo: –¡Paz, no temas, no morirás!²⁴ Entonces Gedeón levantó allí un altar al Señor y le puso el nombre de Señor de la Paz. Hasta hoy se encuentra en Ofrá de Abi-Ezer.

b) *Comentario:*

En el libro de los Jueces se puede encontrar un esquema repetitivo: el Pueblo abandona a Dios, Dios permite que los pueblos extranjeros los dominan, y cuando Israel clama al Señor, éste suscita un juez, un personaje de carne y hueso, para salvar al pueblo. En este caso, el personaje es Gedeón. Exponemos aquí su llamada porque muestra, entre otras cosas, una constante en las historias vocacionales: Dios elige a lo pequeño para confundir a lo grande (1Cor 1,27).

1.1.2 La vocación de Eliseo:

a) *El texto: 1Re 19,19-21*

Elías marchó de allí y encontró a Eliseo, hijo de Safat, arando con doce yuntas de bueyes en fila, él con la última. Elías pasó junto a él y le echó encima el manto.²⁰ Entonces Eliseo, dejando los bueyes, corrió tras Elías y le pidió: –Déjame decir adiós a mis padres, luego vuelvo y te sigo. Elías le dijo: –Vete, pero vuelve. ¿Quién te lo impide?²¹ Eliseo dio la vuelta, agarró la yunta de bueyes y los ofreció en sacrificio; aprovechó los aperos para cocer la carne y convidó a su gente. Luego se levantó, marchó tras Elías y se puso a su servicio.

b) *Comentario:*

Este texto es más breve, y no encaja totalmente con el esquema propuesto. Llama la atención, en primer lugar, que sea Elías quien llama. Esto no debe sorprendernos, Elías es el “hombre de Dios”, su representante en este momento. La situación económica de Eliseo también es sorprendente: doce yuntas de bueyes implica un alto nivel. La respuesta a la llamada implica siempre un abandono de la situación anterior, no por el hecho de abandonar nada, sino porque lo que se va a recibir es algo mucho mayor (cf. Mt 13,44).

El manto tiene varias explicaciones, diversas simbologías. Apuntamos uno, quizás el menos llamativo, pero el más cercano al tema que tenemos entre manos: el manto simboliza a la persona que lo posee, su misión, su ser (recordemos a la hemorroísa con Jesús, que toca su manto; cf. Mt 9,20). Al recibir el manto de Elías, Eliseo recibe el Espíritu profético y asume la misión de hablar de Dios a los hombres. Podríamos decir que es el “signo” en el esquema propuesto.

Curioso es el paralelismo con la llamada a los discípulos (quien pone su mano en el arado...). Si leemos atentamente, Eliseo tampoco vuelve a despedirse de los suyos. La radicalidad es otra de las características de las llamadas de Dios. Cuando se camina con el Señor, se es totalmente de Él, y ya no es necesario nada de la vida anterior (de ahí el sacrificio de los bueyes). Además, se entrega al pueblo: el cambio de vida produce frutos que otros pueden aprovechar. Quien responde a la llamada tiene que ayudar a los demás, tiene que ser uno más del pueblo (compartir la mesa es en la Biblia un signo de comunión).

1.1.3 Síntesis

La llamada en el AT, aunque puede resultarnos “estereotipada”, tiene una carga de profundidad grande. Dios se hace cercano al hombre, quiere

hablarle y quiere contar con él para realizar su proyecto. Su cercanía se hace palpable, además, fortaleciendo y ayudando la debilidad de los hombres que responden, aún a regañadientes, a la vocación. La exigencia de esta llamada supera incluso las objeciones de las personas. Cuando el hombre responde afirmativamente a la llamada, se produce un cambio en su persona, que se demuestra exteriormente y que no sólo conlleva una transformación interior, sino que también tiene implicaciones a nivel comunitario.

1.2 *En el NT*

Al igual que las llamadas de Dios en el AT son radicales, exigentes y transformantes, ni que decir tiene que en el NT se muestran de una manera similar. El cambio más profundo se encuentra en quién es quien llama: el mismo Jesús, Dios hecho hombre, se ha abajado hasta nosotros, para hacernos ricos con su pobreza (2Cor 8,9). El seguimiento, físico y espiritual, de Jesús llevará a un grupo de discípulos a dar su vida por todo el mundo, pregonando que el Reino de Dios está cerca, en medio de nosotros (cf. Lc 17,21). La oferta de Jesús es simple, pero implica, como ya lo hacía en el AT, un “dejarlo todo” para seguirlo. Los textos podrían ser muchísimos, pero nos centraremos de nuevo en dos.

1.2.1 La llamada a los primeros discípulos

a) *El texto: (Lc 5,1-11)*

La gente se agolpaba junto a él para escuchar la Palabra de Dios, mientras él estaba a la orilla del lago de Genesaret.² Vio dos barcas junto a la orilla, los pescadores se habían bajado y estaban lavando sus redes.³ Subiendo a una de las barcas, la de Simón, le pidió que se apartase un poco de tierra. Se sentó y se puso a enseñar a la multitud desde la barca.⁴ Cuando acabó de hablar, dijo a Simón: –Navega lago adentro y echa las redes para pescar.⁵ Le replicó Simón: –Maestro, hemos trabajado toda la noche y no hemos sacado nada; pero, ya que lo dices, echaré las redes.⁶ Lo hicieron y capturaron tal cantidad de peces que reventaban las redes.⁷ Hicieron señas a los socios de la otra barca para que fueran a ayudarlos. Llegaron y llenaron las dos barcas, que casi se hundían.⁸ Al verlo, Simón Pedro cayó a los pies de Jesús y dijo: –¡Apártate de mí, Señor, que soy un pecador!⁹ Ya que el temor se había apoderado de él y de todos sus compañeros por la cantidad de peces que habían pescado.¹⁰ Lo mismo sucedía a Juan y Santiago, hijos de Zebedeo, que eran socios de Simón. Jesús dijo a Simón: –No temas, en adelante serás pescador de hombres.¹¹ Entonces, amarrando las barcas, lo dejaron todo y le siguieron.

b) *Comentario:*

Conocemos de sobra este texto. Indicaremos sólo algunos detalles que pueden iluminarnos de una manera especial. Los discípulos están en sus cosas, lavando redes, agotados después de una noche improductiva. Sorprende que un pescador de Galilea haga caso al “campesino” de Nazaret, pero Simón seguramente ha escuchado la Palabra de Dios (cf. v. 1) de labios de Jesús y en su “palabra” echará las redes. La invitación a ir “mar adentro” sin duda tiene el doble sentido: físico y espiritual. En las orillas de la vida el riesgo es menor, pero no se alcanza una buena pesca. Los primeros discípulos comprenden desde el principio que en Jesús hay algo especial (después irán conociéndolo y profundizando en su misterio), algo tan especial por lo que vale la pena cambiar de vida, dejarlo todo y lanzarse en una nueva tarea, pescadores de hombres. La pesca milagrosa es el signo, oscuro y pendiente de interpretación, de la presencia salvadora de Jesús: con Él, todo da fruto, hasta lo que se creía explorado y demasiado trillado como para sorprendernos de veras.

1.2.2 El joven Rico

a) *El texto: Mc 10, 16-22*

Cuando se puso en camino, llegó uno corriendo, se arrodilló ante él y le preguntó: – Maestro bueno, ¿qué debo hacer para heredar vida eterna? Jesús le respondió: –¿Por qué me llamas bueno? Nadie es bueno fuera de Dios.¹⁸ Conoces los mandamientos: no matarás, no cometerás adulterio, no robarás, no jurarás en falso, no defraudarás; honra a tu padre y a tu madre.¹⁹ Él le contestó: –Maestro, todo eso lo he cumplido desde la adolescencia.²⁰ Jesús lo miró con cariño y le dijo: –Una cosa te falta: ve, vende cuanto tienes y dáselo a los pobres y tendrás un tesoro en el cielo; después sígueme.²¹ Ante estas palabras, se llenó de pena y se marchó triste; porque era muy rico.²² Jesús mirando alrededor dijo a sus discípulos: –Difícilmente entrarán en el reino de Dios los que tienen riquezas.

b) *Comentario:*

Aún más conocido puede resultar el texto del “joven rico”. Una curiosidad, solo el paralelo en el evangelio de Mateo lo llama joven. Sea como fuere, la llamada aquí responde al LeMAC 2016: “Ven y sígueme”, pero es imprescindible leerla en su contexto. El personaje del “joven” es un israelita sin tacha, que cumple los mandamientos de Dios desde pequeño. No hay por qué pensar en que se trata de un cumplimiento; los judíos se esfuerzan por llevar una vida intachable y, con la ayuda de Dios, lo consiguen. De hecho Jesús se le queda mirando con cariño: es un buen candidato para formar parte de su nueva comunidad. Le falta una cosa, le falta un último

paso. Al igual que Eliseo, tiene que deshacerse de lo que significa su vida anterior (lo que le proporcionará un tesoro en el cielo). Así podrá ser libre para seguir a Jesús. Hasta ahora todas las vocaciones que hemos leído habían acabado bien. Nos encontramos ante una “aparente” fracaso del Señor. Sin embargo, el texto que sigue nos presenta a los discípulos alrededor de Jesús: ellos sí lo han dejado todo, ellos sí han aprendido a seguir los pasos del nazareno. Quizá no son “modelos” de conducta, quizá no cumplieran los mandamientos, pero se han atrevido a caminar detrás de Jesús y cambiar sus vidas.

1.2.3 Síntesis

No cabe duda: Dios se nos ha acercado en Jesús, ha querido poner su tienda entre nosotros (Jn 1,14). La misión de Jesús no se limita a sanar y predicar el Reino, incluye también la formación de un nuevo Pueblo que quiera caminar detrás de sus huellas. Para eso, llama a personas para que lo sigan, compartan con él la vida y para enviarlos a predicar (Mc 3,13-19). Personas con nombres concretos, con una historia y un pasado, pero dispuestos a seguirlo allá donde Él vaya y a pregonar con todas sus fuerzas que Jesús es el Hijo de Dios, que su Reino está cerca...

Al igual que los apóstoles, muchos hombres y mujeres después de ellos han sentido la voz de Jesús diciéndoles personalmente: ven y sígueme. Santos y santas conocidos, santos y santas de los que nunca oiremos hablar, pero que han entregado su vida por esa llamada, porque un día descubrieron que Dios los necesitaba para una misión concreta y no dudaron en caminar detrás de Él. Veamos ahora una de estas historias.

1.3 *La llamada del beato Charles de Foucauld*

«Tan pronto como creí que existía Dios, me di cuenta de que no podía hacer otra cosa que vivir para Él». Así escribía Charles de Foucauld el 14 de Agosto 1901 en una carta su conversión, pero también su vocación. Si tenemos presente la radicalidad y el cambio de vida que implica la vocación en la Biblia, en esta corta e impactante frase el beato logra sintetizar cuál es su llamada. Después le llevará años saber cómo concretarla, lustros de búsqueda inquieta para comprender que su vida tendría sentido sólo en el ocultamiento y pobreza de la vida de Nazaret, en la imitación de lo que se ama. Sí que tenía claro que *«mi vocación religiosa data del mismo momento de mi conversión: Dios es tan grande...»*.

Pablo d'Ors ha novelado en primera persona la vida de Charles de Foucauld (El olvido de sí). Tiene el valor de una novela, pero nos puede servir retomar aquí cómo narra el momento de la conversión, el encuentro

con el padre Huvelin y cómo Dios toca el corazón del explorador y militar alejado totalmente de Dios. Después de confesarse “forzado” por el sacerdote, Charles esperaba una lección de catolicismo (fue lo que pidió). Escuchemos lo que ocurrió como si lo contara él mismo:

Cuando hube terminado, todavía esperaba alguna lección de catolicismo de quien en adelante habría de ser mi confesor y director espiritual. No fue eso lo que obtuve. Tras la absolución, Huvelin abrió la portezuela de su confesionario y, como si yo no hubiese sido un flamante oficial del ejército y no fuera todavía un envidiado y reputado explorador sino un simple mozalbete a quien hubiera que regañar, me condujo a la sacristía de la mano y a buen paso. Aquel comportamiento, que en apariencia me rebajaba, no me disgustó. Todo lo contrario: lo estimaba justísimo, y en aquel momento habría hecho probablemente cualquier cosa que aquel buen hombre me hubiera pedido.

Si mi conversión no hubiera sido brusca y drástica, no creo que mi espíritu hubiese sido luego dócil y flexible. De modo que debo a la radicalidad de mi vocación esa posterior y probada ductilidad gracias a la cual supe dejarme modelar por mis formadores. Hay hombres a los que, para que reaccionen, no queda más remedio que abofetear; y yo, ciertamente, era y aún soy uno de ellos.

En la vieja sacristía de aquella parroquia, Henri Huvelin abrió un sagrario, tomó el copón, elevó una de las formas a la altura de mis ojos y, acto seguido, la puso en mi lengua tras decir: “Corpus Christi”.

Yo estaba mudo, estupefacto; pero abrí la boca y saqué la lengua como había visto hacer a los cristianos y como yo mismo había hecho en la primera comunión.

– Ésta es la clase de religión que me pedía –, rió entonces Huvelin, para dejarme poco después a solas en la oscuridad del último banco en el que yo acostumbraba a sentarme y en donde él, seguramente, me habría visto muchas veces desde la rejilla de su confesionario.

Allí me quedé durante largo rato, saboreando la que sería mi segunda e inolvidable primera comunión. Fue allí, también, en ese mismo banco, donde más tarde comprendería que para mí todo había empezado con una orden: ¡Arrodílese! Si siempre obedezco como lo he hecho esta tarde – me dije entonces –, nunca podré equivocarme. De igual modo – y quizá fuera esto lo más determinante –, fue allí donde supe ver que en aquel movimiento mediante el cual me había agachado para arrodillarme consistiría toda mi vida. Que en eso, en un abajamiento constante, había consistido la de Jesús. Que mi lugar, como el Suyo, era el último; y que sólo si descendía hasta él encontraría eso que en el Evangelio se conoce por bienaventuranza y que los hombres, sin saber a qué se refieren, llaman felicidad.

1.4 *Conciencia de tu propia llamada*

Cada uno de nosotros tiene una llamada personal, de esto no nos cabe duda. Otra cosa es cómo respondemos a esa llamada, cómo renovamos cada día nuestra vocación, cómo nos seguimos poniendo a disposición del

Señor para ir a dónde Él quiere. Sería un buen momento para que, en comunidad, narraras cómo fue tu llamada. ¿Qué detalles recuerdas de aquel momento? ¿Puedes describir el proceso en el que sentiste que Dios te pedía algo concreto y decidiste decir sí? Recomendamos que se ponga por escrito y se comparta en un momento de oración. Se puede leer uno de los textos propuestos en el LeMAC o cualquier otro texto vocacional.

2. El seguimiento

"Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame" (Lc 9, 23). Estas palabras expresan el radicalismo de una opción que no admite vacilaciones ni dar marcha atrás.

«El Reino de los Cielos es semejante a un propietario, que salió a primera hora de la mañana a contratar obreros para su viña. Habiéndose ajustado con los obreros en un denario al día, los envió a su viña. Salió luego hacia las nueve de la mañana, vio otros que estaban en la plaza desocupados y les dijo: "Id también vosotros a mi viña"» (Mt 20, 1-4).

El llamamiento de Jesús «Id también vosotros a mi viña» no cesa de resonar en el curso de la historia desde aquel lejano día: se dirige a cada hombre que viene a este mundo.

Fijaos en vuestro modo de vivir y comprobad si ya sois obreros del Señor. Examine cada uno lo que hace y considere si trabaja en la viña del Señor.

La vocación marca el comienzo de una historia de amor, de una relación que ha de seguir creciendo en radicalidad y profundidad. Por eso ahora nos centraremos en el seguimiento. ¿Qué implica seguir a Jesús, una vez hemos respondido a su llamada? ¿Qué es y en qué consiste el seguimiento? ¿Cuáles son las características del discípulo, de quien sigue a Jesús?

2.1 *El encuentro*

Para seguir a Jesús no basta con dar el paso inicial, que sitúa al hombre en el mismo camino que siguió el propio Jesús. Después de eso, hay que mantener la opción tomada. Y sobre todo, hay que actualizar, profundizar, en esa opción, hasta sus últimas consecuencias.

¿Cuáles son estas consecuencias en tu vida?

Cuando uno le dijo que estaba dispuesto a seguirle "vayas a donde vayas" (Mt 8,19) la respuesta de Jesús es bastante desconcertante y mucho más en si la exportamos a nuestro tiempo: "las zorras tienen madrigueras y los pájaros nidos, pero este Hombre no tiene donde reclinar la cabeza" (Mt

8, 20). Aquí no se trata tanto de la pobreza cuanto de la carencia de instalación, es decir, Jesús no está atado a un sitio, a una situación, a un rincón propio, ni tan siquiera como lo están las alimañas del campo o los pájaros del cielo. La condición de Jesús es de total desinstalación, ya que en realidad lo que viene a decir es que los animales tienen guaridas, pero un hombre como yo no tiene “hogar”.

2.2 *Caminar junto a Él*

Por consiguiente, el seguimiento de Jesús es a la vez, cercanía a Él y movimiento con Él. Esto es intrínsecamente indisoluble de tal manera que la “cercanía” a Jesús depende del “movimiento” y este movimiento nace de la vivencia real y veraz de la respuesta a la llamada, (vocación): el que se queda quieto o el que se para, deja por eso mismo de estar cerca de Él. Porque Jesús nunca aparece instalado, sedentario, y quieto; Él es un carismático itinerante, que jamás se detiene, que siempre va en camino hacia adelante, hacia el destino que le ha marcado el Padre del cielo y que pasa por Jerusalén, asumiendo consecuentemente el destino que conlleva vivir de la forma en que vivió, esto le lleva a afirmar en el evangelio de S. Juan “yo soy el Camino....” (14,6).

Por tanto.....

La conclusión que se desprende es muy clara: no hay fe donde no hoy seguimiento de Jesús; y no hay seguimiento de Jesús donde no hay movimiento. Es decir, no hay seguimiento de Jesús donde no hay liberación de las ataduras que nos fijan a un sitio, a una situación, a una posición determinada, a una forma de instalación, sea la que sea. El seguimiento es libertad; todo lo contrario del que se siente atado a una posición, que por nada del mundo está dispuesto a dejar.

Jesús no fue un hombre de despacho en la calma y la tranquilidad de un lugar retirado. Jesús fue un desinstalado, una especie de nómada, que nunca se quiso afincar en un sitio concreto, ¿qué nos quiere decir esto a los creyentes, a los miembros del MAC, hoy concretamente?

Hablar de desinstalación y de movimiento, en el sentido indicado, es lo mismo que hablar de libertad, disponibilidad, capacidad de cambio, salir de tu zona cómoda, ausencia de fijación a una posición.

Ejercicio en grupo:

Proponemos el siguiente ejercicio, que nos ayudará a tomar conciencia de lo anterior: *Que cada uno le ponga nombre y ejemplos de lo que para el/ella es la desinstalación y como se ha dado en tu vida y como se actualiza en el día a día.*

2.3 Seguimiento/Inmovilismo

Seguir a Jesús, es dejar el sitio donde se está, es dejar lo que se “tiene”, es “salir” y caminar. Así de sencillo y así de fuerte también. Por eso hay que decir que el mayor enemigo del seguimiento es el inmovilismo.

El inmovilismo tiene su razón de ser y su explicación en la fijación de la persona a experiencias y situaciones vividas, que han sido para la misma persona fuente de seguridad, tranquilidad y gozo de la manera que sea. Por eso el inmovilismo supone siempre una dosis fuerte de dependencia con respecto al pasado, un estancamiento en lo ya vivido, en lo que fue y ya no es. En el fondo se trata de una gran debilidad. Es la debilidad que brota del miedo a todo riesgo ante lo desconocido, lo nuevo, lo no experimentado como tranquilizante y fuente de seguridad. Del inmovilismo emana la debilidad que paraliza a la persona hasta el punto de impedirle moverse lo más mínimo del sitio y de la posición en donde ha encontrado su propia seguridad. El inmovilismo es en realidad el resultado del miedo a la libertad, es la antítesis, lo contrario del seguimiento.

El seguimiento de Jesús implica globalmente estas tres características:

- 1) Se trata de una llamada absolutamente abierta, incondicional y sin límites, que nos asoma al misterio más hondo de Jesús, porque, en definitiva, solo Dios mismo puede hacer una llamada que no admite condiciones de ninguna clase y que queda abierta a cualquier eventualidad y a cualquier riesgo.
- 2) Esa llamada se hace en relación con una tarea: la entrega al servicio del hombre (*en el MAC: los jóvenes y los niños, especialmente los más alejados*).
- 3) La llamada al seguimiento marca un destino: el mismo que asumió y siguió Jesús.

Esto quiere decir que la llamada al seguimiento no es directamente una llamada a conseguir la propia perfección de la persona, la propia santificación o la propia realización. Por supuesto que una persona que sigue a Jesús, se realiza y se santifica, pero es decisivo tener en cuenta que la llamada no apunta directamente a esos, sino al bien de los demás, al trabajo y a la lucha por el bien del hombre y en nosotros además el bien de los jóvenes y niños, especialmente los más necesitados, por eso tenemos que estar especialmente alerta para no quedar alienados en una falsa religiosidad, personas muy religiosas y practicantes, en el mejor de los casos, pero que no son seguidoras de Jesús.

Solo hay fe cristiana donde hay seguimiento de Jesús y hay seguimiento solamente donde hay encuentro/relación personal con Jesús (relación per-

sona a persona). Ante esta afirmación, surge una pregunta: ¿cómo me puedo yo relacionar con otra persona, como tal persona que es? La respuesta es bien sencilla: relacionarse con otro ser-personal, es aceptarle incondicionalmente, en su libertad y autonomía, en su originalidad irrepetible en su singularidad de ser tal ser-personal (de camino podemos analizar y evaluar cómo son nuestras relaciones interpersonales).

2.4 Características del discípulo

Se puede afirmar sin temor a equivocarnos, que el centro y eje de la espiritualidad cristiana es el seguimiento de Jesús. El único objetivo de la espiritualidad de los cristianos es seguir a Jesús.

Las características que lo definen:

- **Libertad**, de la persona que quiere seguir a Jesús.
- **Disponibilidad**, consecuencia lógica de la libertad.
- **Experiencia esencial**, encuentro/relación persona-persona con Jesús.
- **Compromiso**, servicio.
- **Audacia**, que vence al miedo.
- **Liberación**, ante todo y sobre todo, la liberación de los oprimidos.
- **Radicalidad**, el seguimiento no admite medias tintas.
- **Alegría**, porque todo el mensaje cristiano es un mensaje de alegría.
- **Utopía**, sobre todo si tenemos en cuenta que el proyecto de Jesús se orienta hacia la consecución, de una convivencia en igualdad, fraternidad solidaridad, libertad y preferencia por los más pobres y los más desgraciados, como proyecto simbólico que anticipa un futuro mejor.

Proponemos el siguiente ejercicio:

- Pon ejemplos concretos que se hayan dado, o se den en tu vida de cada una de estas características.
- Hoy, sigues de cerca a Jesús?
- Como miembro perteneciente a la comunidad de seguidores, percibes estas características en tu entorno?

2.5 ¿Qué es la vocación?

La vida entera la vamos a entender como una "Vocación": es el llamamiento de Dios que siempre anda en búsqueda del hombre.

La iniciativa y el llamado siempre son de Dios: la respuesta es nuestra, pero él nos ayuda a responder. La vocación es dinámica y creativa. No basta con responder de una vez por todas. Su llamado es un diálogo continuo con la respuesta del hombre.

Pero, ¿cómo voy a saber cuál es mi vocación? Yo ¿para qué nací? ¿Quién me lo habrá de decir? ¿Cómo lo voy a saber?

A todos estos interrogantes habrás de responder en la vida.

Y comienza por preguntarte en serio:

¿Quién soy? ¿De dónde vengo? ¿A dónde voy? ¿Por qué camino tengo que ir?

Hay un reto muy grande para ti: alcanzar tu plena realización y esto se logra solamente descubriendo el Plan de Dios sobre ti y realizándolo estás respondiendo al llamado del Señor. "A esto llamamos Vocación".

Cuando Carlos de Foucauld es llamado por el Señor, lo sigue, pero no tiene claro su vocación específica. No tiene claro para qué lo quiere el Señor. Recordemos las palabras leídas con anterioridad: "...Después le llevará años saber cómo concretarla, lustros de búsqueda inquieta para comprender que su vida tendría sentido sólo en el ocultamiento y pobreza de la vida de Nazaret, en la imitación de lo que se ama..."

La vocación de todo cristiano es la santidad, esa es la vocación universal. El Vaticano II dedicó el capítulo V de la Lumen Gentium a explicar la "vocación universal a la santidad". Todos, en cualquier lugar y siempre. En las más diversas circunstancias, las más distintas personas y vocaciones específicas. Carlos de Foucauld es un ejemplo de búsqueda de esa santidad.

En la vida todos tenemos una misión bien clara que realizar.

Elementos de la vocación

Reflexionemos sobre los elementos de la vocación.

- Elección: Dios se fija en sus hijos, se fija en ti y te elige gratuitamente por su misericordia.

- Llamado: Él toma la iniciativa de hablarte primero y mostrarte su voluntad. Espera que tú libremente respondas a su llamado.

- Respuesta: El llamado del Señor espera una respuesta generosa y confiada en su palabra. Sin tu respuesta, no hay vocación, porque el sujeto de la vocación es la persona que escucha y responde cumpliendo.

- Misión: Es la tarea que el Señor te encomienda en la vida, y a través de ésta colaboras en la construcción del Reino de Dios.

Así, la vocación aparece como un diálogo personal con Dios. Es el camino de una vida, es el proceso constante de realización personal y compromiso con Dios, con las personas y con el mundo.

Por eso la misión que Dios te pide, siempre supone un servicio a la comunidad y a los más necesitados.

Dios nos da la libertad para decidir sobre cada una de las acciones de nuestra vida, tenemos el compromiso de darle una respuesta generosa ante la llamada que nos hace, ya que él nos da la vida para que seamos felices.

La vocación es el llamado que el Padre nos hace, veremos que en dicho llamado hay tres niveles: la vocación humana, vocación cristiana y vocación cristiana-específica.

1.- La vocación humana: es el llamado a la existencia, a la plena realización, a la felicidad. Es un proceso en el que el ser humano se descubre como persona en relación consigo mismo, con Dios, con los demás y con el mundo que le rodea. (Vocación a la vida)

2.- La vocación cristiana: es el llamado a ser hijos de Dios por medio del bautismo. El bautizado no concibe a Dios como alguien lejano, sino la presencia cercana de Cristo que busca a los hombres y les da su vida invitándolos a configurarse con él.

3.- La vocación cristiana-específica: el bautizado, al encontrarse con Cristo, se llena de un amor que no puede quedarse sólo como una idea bonita, tampoco se lo puede guardar para sí, sino tiene que darse y entregarse de una manera específica, debe escoger un camino para vivir la fe: ya sea como laico, como consagrado o como sacerdote.

La vocación cristiana específica es una elección de los bautizados para seguir a Cristo desde un estilo de vida concreto. Estos estilos de vida son: la vocación laical, la vocación a la vida consagrada y la vocación sacerdotal ministerial.

Una de las formas de vivir la vocación laical es por medio del movimiento, con su carisma y forma de trabajar -“dedicándose a la predicación del evangelio entre los niños y jóvenes de barrios populares y zonas marginales” (Estatutos M.A.C. Art. 1)-, y en el Art. 4 añade: “...orientándoles a integrarse plenamente en la sociedad y a hacerse cristianos comprometidos dentro de un marco comunitario y eclesial”.

“Hermanos, poned el mayor esmero en fortalecer vuestra vocación y elección” (2 Pedro, 1.10).

Necesitamos aprender a escuchar, para responder al llamado personal que Dios nos hace.

2.6 Para profundizar:

Desde lo expuesto, se puede hacer el siguiente ejercicio, ya que de cada característica se podría desarrollar un LeMAC, no pasemos de puntillas y revisémonos de cada una de ellas.

- Si tuvieras una oportunidad única para explicar a un gran auditorio como es un verdadero discípulo, seguidor de Jesús en estos tiempos, ¿qué dirías?

-Si pudieras plasmar en una pared en blanco, ¿cómo describirías a un falso seguidor de Jesús? ¿Cómo se reconocería?

2.7 Para trabajar contigo:

- En una vida cotidiana y sencilla como la tuya, como se manifiesta, como se vislumbra, por que destaca y caracteriza tu seguimiento a Jesús (porque... le sigues, ¿verdad?).

Para trabajar en tu relación íntima, de persona a persona, **con Jesús** (si quieres puedes compartirlo en el grupo), Si perteneces a la comunidad de seguidores, **¡¡BENDITO SEA DIOS!!** Si no lo sigues, ¿por qué es?, ¿qué te impide hacerlo?, ¿lo has seguido alguna vez?, ¿a dónde te ha llevado?, ¿a dónde te lleva ahora? ¿Le has preguntado qué necesita de ti? ¿Has pasado por el Crisol de la intimidad con el Señor, tu vocación MAC? (*Llevar la Buena Noticia a los niños y jóvenes, especialmente a los pobre y necesitados, luchando por su liberación integral...* Estatutos MAC Cap.2 Art. 4.2).

3. Por tus frutos te conocerán, reconocerán que eres cristiano/a

La llamada lleva al seguimiento, pero éste no es estéril. Por eso se emplea en tantas ocasiones la expresión “fruto” en el Nuevo Testamento. Estamos llamados a seguir a Jesús para que nuestra vida dé fruto abundante. Este último punto del LeMAC trata de profundizar, de la mano de Carlos de Foucauld, precisamente en esta realidad. Ojalá que cada persona que nos rodea pueda beneficiarse de los frutos que producimos. Ojalá que como comunidad también deis frutos, ojalá que el Movimiento entero sea un árbol plantado a la vera del arroyo.

3.1 *Es mejor callar y obrar, que hablar y no obrar. Buena cosa es enseñar, si el que enseña también obra.*

El ejemplo de esta afirmación lo tienes en Carlos de Foucauld, uno de nuestros inspiradores. Él fue testigo de Jesús, desde el testimonio, desde el obrar más que el hablar.

Párate un momento, respira profundamente, pon tu mente y tu corazón en el Señor y lee despacio en voz alta para que escuches tu propia voz la oración de Carlos de Foucauld:

“Dichoso el hombre que medita la Ley día y noche. Será como un árbol plantado cerca de la corriente, que da fruto a su debido tiempo.” Dios mío, tú me dices que seré dichoso, dichoso con verdadera felicidad, dichoso el último día; que a pesar de ser tan miserable, soy como una palmera plantada al borde de las aguas vivas, de las aguas vivas de la voluntad divina, del amor divino, de la divina gracia, y que daré fruto a su debido tiempo. Dígnate consolarme, me siento sin fruto, me siento sin obras buenas, me digo: “Me convertí hace once años, y ¿Qué he hecho? ¿Cuáles son las obras de los santos y cuáles son las mías? Veo mis manos totalmente vacías de bien.” Te dignas consolarme: “Tú darás fruto a su debido tiempo” me dices... ¿Cuál es ese tiempo? El tiempo de todos es la hora del juicio: si persisto en la buena voluntad y la lucha, a pesar de verme tan pobre, ¿permitirás que dé frutos en aquella última hora? (Beato Carlos de Foucauld 1858-1918).

“Dígnate consolarme, me siento sin fruto, me siento sin obras buenas...”

¿Qué día es hoy?, ¡sí!, ¿En qué día y en qué hora estás leyendo este texto?

Como has leído, en párrafos anteriores, El Señor te llamó hace..... ¿Días, meses, años? ¡Felicidades! Por tu perseverancia y tu gran experiencia en la relación con el Señor.

La respuesta a su llamada, a su seguimiento es actual, es hoy. El Señor no quiere que cojas el arado y mires atrás, eso es pasado, eso se queda en la experiencia para no pecar más, o para saber cuáles son tus debilidades.

¿Cuántas cosas maravillosas y oportunidades de encontrarte con él has podido dejar pasar por estar anclado en el pasado? ¿Por quedarte en las dificultades, en las lamentaciones, en las excusas, en lo que antes hacías y ahora no? El Señor quiere que seas discípulos del día a día, en constante conversión.

“Me convertí hace once años, y ¿Qué he hecho? Veo mis manos totalmente vacías de bien”.

¿Te identificas con Carlos de Foucauld? ¿Cuántas veces te habrás puestos delante del Señor mirando tus manos vacías y pidiéndole perdón! ¿O no lo has hecho? ¡Que humildad la de Carlos de Foucauld! Todos los Santos ante la presencia del Señor se sienten pequeños, no ven la grandeza de sus obras.

Dedícate un poco de tiempo con el Señor, sin ningún pesimismo, ni añoranza, ni frustración, con la alegría de ser hijo/a de Dios, de ser amado/a

por Dios incondicionalmente, un Amor gratuito. Póstrate ante él y toma conciencia de tus frutos en el Señor.

"Yo soy la Vid y vosotros los sarmientos" dice el Señor. Permíteme que te lo personalice: "Yo soy la Vid y TÚ eres mi sarmiento", te dice el Señor.

Estás unidos a Él con un vínculo tan profundo y tan vital como los sarmientos están unidos a la vid. El sarmiento es una parte de la vid y por ambos corre la savia. Los sarmientos y la vid no son la misma realidad, los sarmientos son una prolongación de la vid. Su gracia corre por ti, al ser sarmiento suyo. ¡No podía ser más íntima tu unión a la persona de Cristo! Diría que es todavía más profunda y vital que la unión que existe entre la madre y el bebé que lleva en su seno. La criatura recibe todo de la madre: sangre, alimento, calor, respiración, pero el niño tiene que separarse de la madre en un momento dado para seguir viviendo y poder crecer y desarrollarse. Más aún, moriría si permaneciera en el vientre más tiempo del estrictamente necesario. En cambio con los sarmientos no sucede así, sino al revés: tienen que estar siempre unidos a la vid para seguir viviendo y para poder dar fruto. ¡Así de total y definitiva es tu unión y dependencia de Cristo!

Salmo 1, 1-3

Bienaventurado el hombre que no anda Según el consejo de los Impíos, ni se detiene en el camino de los pecadores, ni se sienta en la silla de los burladores. Más bien, en la ley del Señor está su delicia, y en ella medita de Día y de noche. Será como un árbol plantado junto a corrientes de aguas, que da su fruto a su tiempo y cuya hoja no cae. Todo lo que hace prosperará.

¿A quién compara el Señor con un árbol? Compara a aquel cristiano que después de un desarrollo normal en su encuentro con Jesús, donde ha sido sembrado, cuidado, regado... ha logrado afianzar en su corazón el amor al Señor. Se ha hecho un árbol grande y tendrá que dar a su tiempo su fruto.

¿Cuáles son los frutos que debe dar un cristiano? ¿Serán atraer a niños y jóvenes al movimiento, a los equipos, a las comunidades? ¿Serán realizar buenas obras?

3.2 *Por sus frutos los conoceréis (Mt 7,16 – 20)*

Por sus frutos los conoceréis. ¿Acaso se recogen uvas de los espinos, o higos de los abrojos? Así, todo buen árbol da buenos frutos, pero el árbol malo da frutos malos. No puede el buen árbol dar malos frutos, ni el árbol malo dar frutos buenos. Todo árbol

que no da buen fruto, es cortado y echado en el fuego. Así que, por sus frutos los conoceréis.

En los Evangelios sinópticos aparece el tema de los frutos muchas veces (cito sólo Mateo, pero hay paralelos en Lucas y Marcos): la exhortación a dar "frutos de conversión": Haced, pues, frutos dignos de arrepentimiento (Mt 3,8); el anuncio del destino del árbol que no dé frutos: "será cortado y arrojado al fuego" (Mt 3,10); el criterio de discernimiento: "por sus frutos los conoceréis" (Mt 7,16 y ss); El efecto del grano sembrado en tierra buena: "este sí que da fruto y produce, uno ciento, otro sesenta, otro treinta" (Mt 13,23); la higuera maldecida por no dar higos: "que nunca jamás brote fruto de ti" (Mt 21,19); la viña quitada a los cuidadores "para dársela a un pueblo que rinda sus frutos" (Mt 21,43).

Jesús nos dice "por los frutos se conoce el árbol". Del mismo modo, a las personas se nos conoce por lo que hacemos y decimos. Esa es nuestra tarjeta de identidad. Y lo que decimos, ha de ir siempre en coherencia con lo que hacemos.

Debes diferenciar entre atraer niños y jóvenes al movimiento y los frutos que un cristiano debe dar. Atraer a un Joven al Salón, a la comunidad puede hacerlo un cristiano aun sin tener frutos.

Un verdadero discípulo de Cristo debe ser fácilmente identificado por su manera de vivir. En esto damos la gloria a Dios, demostrando por nuestros hechos que seguimos al Maestro, llevando mucho fruto (Jn 15,7-8). No basta con decir que somos cristianos, los frutos son los que lo confirmarán o lo negarán. Tampoco importarán las circunstancias que tengamos que pasar, no habrá obstáculos demasiado grandes que no podamos vencer, pues un discípulo verdadero tiene su fortaleza puesta en su Maestro: *"Todo lo puedo en Cristo que me fortalece"* (Flp 4,13).

Antes de seguir leyendo te invito que contestes estas preguntas y las compartas en tu grupo.

- 1) ¿Cuáles son las características de un discípulo verdadero?
- 2) ¿Cómo debe andar un discípulo de Cristo?
- 3) ¿Qué demanda Jesucristo de todo el que quiere ser su discípulo?

De todo lo reflexionado y compartido, ¿Qué hay en tu vida de cristiano igual o diferente?

3.3 ¿Qué significa el "dar frutos"?

La parábola de la higuera nos sugiere el significado más común que solemos dar al fruto: el árbol, la planta, producen frutos para nosotros.

Esperamos comer los higos de la higuera y hacer harina con el trigo. Sin embargo, desde el punto de vista del árbol o de la planta de trigo, el fruto es parte del proceso reproductivo. La capacidad de comunicar la vida, de reproducirse es un signo de madurez. El fruto no es solamente algo destinado al consumo de otro; es la expresión de la capacidad de transmitir la vida, de llamar a la vida a otros seres similares.

Me pregunto si los frutos que nos pide Jesús no tienen que ver con eso. Creo que sí, que los frutos son, precisamente, el signo de la madurez cristiana, de una vida fecunda, de una vida que engendra, que comunica vida, que hace nacer vida en la comunidad cristiana, en los nuevos miembros que se agregan, en el mundo, en medio de los pobres...

Pero ese dar vida significa pasar por la entrega, por el don de sí, el don de la propia vida. Eso es lo que significa Jesús cuando nos dice, en un pasaje que se refiere a él mismo, al significado de su entrega: "En verdad, en verdad les digo: si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda él solo; pero si muere da mucho fruto" (Jn 12,24).

Carlos de Foucauld le escribía a Suzanne Perret: «Si el grano de trigo caído en tierra no muere, se queda solo; si muere, da mucho fruto; yo no he muerto, así que estoy solo... Pida por mi conversión, para que muriendo, dé fruto». (A Suzanne Perret)

Jesús muere en la cruz para producir fruto. ¡Tú eres su fruto! ¡Y estás llamado a dar fruto, en unión con Jesús! "Permanezcan en mí, como yo en ustedes. Lo mismo que el sarmiento no puede dar frutos por sí mismo, si no permanece en la vid; así tampoco ustedes, si no permanecen en mí" (Jn 15,4)

No debes esconder esos frutos. En Mateo 5.16, Jesús dijo: "Así alumbre vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos."

Los frutos son las consecuencias visibles de tus opciones y actos. Si actúas bien, tendrás buenos frutos, y eso será un indicativo de que lo que haces es de Dios, es parte de su Plan de Amor. Así, los frutos buenos señalan que te estás acercando más al Señor, y los frutos malos que te alejas de Él y de su Plan. Pero hay que señalar que la bondad del fruto no está relacionada necesariamente con el éxito material o personal, con la eficacia o algo similar. La bondad de los frutos a la que se refiere el Señor Jesús es el bien de la persona y las personas, la realización y plenitud —o el camino hacia ello— de cada realidad.

Así por ejemplo, cuando ayudas a un amigo(a), cuando te esfuerzas por hacer bien una responsabilidad o cuando estás atento/a a las situaciones que

te rodean para ayudar donde se te necesite, estás buscando dar frutos buenos y te acercas a Dios. Por el contrario, si por “flojera” no ayudas a un amigo(a), cumples tus responsabilidades dando el mínimo indispensable para que no te llamen la atención o estás encerrado en tí mismo haciendo sólo lo que “te conviene a Ti”, entonces tu fruto será malo y te estarás alejando del Plan de amor que Dios tiene para Ti.

Hay una relación estrecha entre los frutos y las acciones que tomas. Si tus acciones son buenas —que buscan y cumplen el Plan de Dios— tus frutos serán correspondientes; si tus acciones son malas —se alejan del Plan de Dios— tus frutos seguirán esa ruta. Esta disyuntiva entre estos dos caminos que se te presentan delante —dar fruto bueno o dar fruto malo— es capital para tu felicidad, que no es otra que encontrarte con el Señor. Lo puedes ver en la dureza con la que el Señor se refiere a los árboles que dan frutos malos: «Todo árbol que no da buen fruto, es cortado y arrojado al fuego» (Mt 7,19).

3.4 *¿Cómo hacer para dar buen fruto?*

«El que permanece en mí y yo en él, ése da mucho fruto; porque separados de mí no podéis hacer nada» (Jn 15,5b)

La clave para dar buen fruto está en permanecer en el Señor Jesús. Y permanecer en Él no es otra cosa que buscar ser otro Cristo: teniendo los mismos pensamientos, sentimientos y modos de obrar que el Señor. Debemos preguntarnos constantemente: ¿los pensamientos que tengo son los pensamientos que hubiera tenido el Señor? ¿Estos sentimientos que experimento son los que Jesús tendría? ¿Es mi acción como la de Cristo?

Se trata pues de configurar toda tu vida con la del Señor Jesús; esforzarte por conocerlo leyendo los Evangelios, buscándolo en la oración, acudiendo a los sacramentos — particularmente en la Eucaristía y la Reconciliación—, para así conociéndolo saber cómo piensa, siente y actúa, y luego confrontarlo con tu pensar, sentir y actuar. De esa manera permanecerás en Cristo y Él permanecerá en ti, volviéndote un árbol frondoso que da muchos frutos buenos. Tu camino espiritual te enseñará a configurarte con el Señor de la mano de María, su madre, para el movimiento bajo la advocación de María Auxiliadora.

Que María Auxiliadora te acompañe y esté presente siempre en tu camino espiritual.

3.5 *Dar fruto abundante*

«La gloria de mi Padre está en que deis mucho fruto, y seáis mis discípulos» (Jn 15,8)

El Señor no te pide dar simplemente frutos buenos, sino que además te dice que des “mucho” fruto.

El mundo que nos ha tocado vivir necesita de muchos frutos buenos para cambiar, para ser un mundo. Constantemente verás las necesidades que tienen los niños y jóvenes, tus compañeros/as del trabajo, tus vecinos, tu familia. No basta con dar uno o dos frutos buenos de vez en cuando. Debes dar muchos frutos buenos, ése es el desafío que te ofrece Jesús. Por lo tanto siguiendo la lógica de lo ya explicado debes conocer cada vez más a Jesús, para poder ser cada vez más de Él —hasta poder decir que «es Cristo quien vive en mí» (Gál 2,20)— y así tu acción sea una acción que dé muchos frutos buenos.

Estos frutos puedes verlos en tu vida personal y en el apostolado que realizas. En tu vida personal: frutos de conversión, virtudes, dominio de ti mismo, una vida plena y alegre; en tu apostolado: la conversión de las personas a las que llegas y la infinidad de situaciones que mejoran por el apostolado que haces.

¿Te has parado alguna vez a pensarlo? No para gloriarte y dejar pasar el orgullo a tu vida, sino para darle gracias al Señor por dejarte ser un instrumento de su Amor. Hay muchas formas de servir a Dios, pero tu debe descubrir tu don, o dones que posees, para ponerlos en práctica. En la Biblia encontramos que Jesucristo nos llamó para dar fruto (Jn 15,16). En la obra de Dios hacen falta obreros (Mt 9,36-38). Jesucristo dio el ejemplo de servicio a la humanidad (Juan 4:34-38). Para esto debes buscar el rostro de Dios, pues si no hay comunión íntima con Dios, no puedes dar fruto (Jn 15,8).

Cuando aceptas a Jesucristo como tu Señor y Salvador vienes a ser creyente. Pero no debes aspirar a quedarte ahí. Debes procurar convertirte en discípulos, ya que el discípulo de Cristo obedece, cumple y ejecuta los mandatos de su Señor.

Veamos 10 diferencias entre un creyente y un discípulo:

1) El creyente espera que le den los panes y los peces. El discípulo se convierte en un pescador. La mayoría de los creyentes consume lo que el reino le ofrece, pero pocas veces se ponen a la disposición del Señor para servir. Les gusta recibir, pero no dar.

2) El creyente lucha por crecer, el discípulo por reproducirse. El creyente común piensa en sí mismo: ¿Qué puedo obtener de esto? ¿En qué me voy a beneficiar? El discípulo, en cambio, comparte con los demás todo lo que tiene, todo lo que recibe, y aún sus experiencias.

3) El creyente se gana, el discípulo se hace. Se dice que cuesta 10% de esfuerzo ganar a una persona para Cristo, pero que cuesta 90% de esfuerzo hacer que permanezca en Él. Al creyente hay que empujarlo, el discípulo camina por sí solo.

4) El creyente es un bebe que toma leche, depende del responsable, del catequista para alimentarse, y espera que este se haga responsable de su crecimiento (Hb 5,11-12). El discípulo ha sido ya destetado para servir, se busca su propio alimento y aún está listo para ayudar a alimentar a los demás.

5) El creyente anda buscando la aprobación y los halagos. El discípulo sólo busca ofrecer el sacrificio vivo (Rom 12,1). Si estuvieran menos pendientes de los reconocimientos personales, el Reino de Dios sería una realidad.

6) El creyente se conforma con dar parte de sus ganancias. El discípulo entrega toda su vida. Cada persona que ha aceptado a Jesucristo, es templo vivo del Espíritu Santo de Dios. Dios no quiere parte de nuestra vida, Él quiere involucrarlo todo.

7) El creyente se cansa, cae en la rutina. El discípulo es revolucionario, busca cambios y avances en la obra de Dios. Se adapta a nuevas formas de hacer las cosas, con tal de que el reino avance. Sus ojos están puestos en "el autor y consumidor de la fe" (Hb 12,2).

8) El creyente siempre está buscando que lo animen. Anda en busca de experiencias que lo llenen, que le levanten el ánimo, y cuando no encuentra lo que busca en una iglesia, se va a otra. Luego le pasará lo mismo y seguirá de iglesia en iglesia, de movimiento en movimiento. El discípulo, por el contrario, procura animar, alentar y llenar a otros, pues su vida es fuente de gozo y paz en el Señor, no depende de la circunstancias.

9) El creyente espera que le asignen las tareas para servir a Dios, no hacen nada por ellos mismos. El discípulo es solícito en asumir responsabilidades y cumplirlas prontamente. El discípulo hace tres cosas: a) identifica las necesidades; b) usa los dones que Dios le ha dado sin esperar que otro haga el trabajo; c) se capacita y aprende para poder dar a Dios el servicio en excelencia que Él merece. Tampoco necesita de un nombramiento o cargo para servir a Dios.

10) El creyente muchas veces murmura y reclama. El discípulo obedece y se niega a sí mismo. Sabe que está comprometido a no hablar mal de nada ni de nadie.

Jesús vino a servir, y lo hizo voluntariamente (Mt 20,28). Y sabemos que el discípulo no puede ser más que su maestro (Mt 10,24).

“Esto, pues, digo y requiero en el Señor: que ya no andéis como los otros gentiles, que andan en la vanidad de su mente, teniendo el entendimiento entenebrecido, ajenos de la vida de Dios por la ignorancia que en ellos hay, por la dureza de su corazón; los cuales, después que perdieron toda sensibilidad, se entregaron a la lascivia para cometer con avidez toda clase de impureza. Mas vosotros no habéis aprendido así a Cristo, si en verdad le habéis oído, y habéis sido por él enseñados, conforme a la verdad que está en Jesús. En cuanto a la pasada manera de vivir, despojaos del viejo hombre, que está viciado conforme a los deseos engañosos, y renovaos en el espíritu de vuestra mente, y vestíos del nuevo hombre, creado según Dios en la justicia y santidad de la verdad” (Ef 4,17-24)

¿Qué eres Creyente o Discípulo? ¿Qué necesitas para ser plenamente discípulo?

Aún hay otra pregunta, que te habrá surgido después de toda la reflexión aunque hay pincelada de ello.

3.6 *¿Cuáles son los frutos?*

En la palabra de Dios encontramos que se puede dar frutos de vida y frutos de muerte. Te invito a que hagas una lista con los frutos de vida y otra con los frutos de muerte. Compártela con tu grupo o comunidad.

¿Hoy en tu vida que fruto se está dando? ¿Los de vida o los de muerte? ¿Cómo te sientes dando esos frutos?

El Señor nos habla también de los Frutos del Espíritu:

“Más el fruto del Espíritu es amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe mansedumbre, templanza; contra tales cosas no hay ley. Pero los que son de Cristo han crucificado la carne con sus pasiones y deseos. Si vivimos por el Espíritu, andemos también por el Espíritu” (Gál 5, 22-25).

Debes ser hombre o mujer según Cristo, haciendo morir lo terrenal, despojándote del viejo hombre, y vistiéndote del nuevo hombre según Cristo. Es importante que seas hombre o mujer según Cristo, para tener una vida más dedicada al Señor, el apóstol pablo hace una invitación a dejar la vana manera de vivir, y buscar las cosas de Dios.

“Obremos, pues, siempre conscientes de que él habita en nosotros, para que seamos templos suyos y él sea nuestro Dios en nosotros”(Hb 5,14).

Y junto a Jesús te acompaña María, tu Madre. Como Jesús está contigo, camina contigo, pídele que te guíe, te auxilie en los momentos que te alejas de su hijo. Pídele que sea tu faro en la niebla, en la oscuridad; Tu Bastón en las caídas y en las dificultades y te lleve al encuentro de Cristo el Señor.

¿Qué necesitas para dar verdaderos frutos?

Para terminar te hago una última invitación, que reflexiones sobre unos pensamientos de Carlos de Foucauld, Recogidos en el libro «Yo siembro. Otros recogerán» de Leonardo Sapienza.

Coherencia «Cuando se sale diciendo que se va a hacer algo, no se debe regresar sin haberlo hecho».

Apostolado «Cada cristiano tiene que ser apóstol: no es un consejo, sino un mandamiento, el mandamiento de la caridad».

Imitación de Cristo «Cuando se ama, se imita».

Jesucristo «Jesús sólo se merece ser amado apasionadamente».

4. Anexo.

Beato Carlos de Foucauld.